

**Luis Valdés. *Gastiburu. El santuario vasco de la Edad del Hierro*,
Bibliotheca Archaeologica Hispana 29, Real Academia de la Historia, Madrid, 2 vol., 2009,
ISBN 978-84-96849-48-8**

La monografía *Gastiburu. El santuario vasco de la Edad del Hierro*, obra de Luis Valdés, es parte de un ambicioso proyecto que aborda el estudio de la Edad del Hierro en el valle del río Oca, en la vertiente cantábrica de Vizcaya. Incluye el estudio del castro de Kosnoaga, y, sobre todo, la excavación del *oppidum* de Marueleza y la prospección y excavación del santuario de Gastiburu, monumento singular por su estructura y funcionalidad, cuyo estudio constituye la parte esencial de la obra. El trabajo se enmarca en un espacio más amplio que abarca principalmente el Golfo de Vizcaya, pero que se extiende también a los territorios de la costa cantábrica y atlántica, alcanzando el río Garona al norte y las cuencas del Ebro y del Duero, al Sur. Aborda, en última instancia, la sociedad de los caristios o carietes, pues de ambas formas aparecen citados por las fuentes literarias grecolatinas, pueblo prerromano al que se adscribiría el territorio estudiado.

Tras una introducción general (capítulo 1), se analiza el espacio geológico y el medio natural (capítulo 2), de especial interés por lo que respecta a los materiales constructivos utilizados en el santuario o en las defensas del *oppidum*, a los que se dedica especial atención en un capítulo posterior. Se aborda en el capítulo 3 la historia de las investigaciones y la descripción de los trabajos en el *oppidum* de Marueleza, donde destacan los sondeos de B. Taracena y A. Fernández de Avilés en 1942, en los castros de Ilutzar, Kosnoaga y, sobre todo, en el santuario de Gastiburu, yacimientos donde desde 1982 el autor ha realizado diversas intervenciones. De tales trabajos cabe destacar la prospección geofísica de Marueleza, Kosnoaga y Gastiburu, así como de los túmulos de Txarkueta, Larrozeta Bekoa e Ilutzar, cuyo carácter protohistórico es apuntado por el autor, y la excavación de Murueleza y Gastiburu.

Una parte destacada del capítulo está dedicada a las excavaciones en el *oppidum* de Marueleza, en la cumbre más alta de la Sierra de Gastiburu, llevadas a cabo por Valdés entre 1982 y 1986. Tales trabajos se centraron fundamentalmente en la puerta NNW y sus defensas, un magnífico ejemplo de poliorcética prerromana. Se analizan las técnicas constructivas de los lienzos de muralla, con paramentos internos para dar estabilidad, con buenos ejemplos en yacimientos celtibéricos de época avanzada, rellenos de arcilla y piedra y un entramado de troncos de madera transversales al lienzo, que otorgan una indudable personalidad a la obra, de gran envergadura, como demuestran sus entre 7 y 8 m de anchura en la base y sus más de 5 m de altura. El asentamiento presenta un perímetro amurallado que delimita un espacio de unas 8 ha, aunque el autor se refiere además a unas posibles

defensas simples de tierra y empalizada localizadas al exterior –e incluso a un foso–, lo que situaría el espacio protegido en unas 19 ha. Menos información aporta la arquitectura doméstica, limitada a una estancia de planta rectangular localizada en la excavación de la zona de la puerta, junto a la cara interna de la muralla, y a posibles viviendas con similar disposición a partir de las prospecciones geofísicas en diversas zonas del trazado del lienzo defensivo. La intervención en el *oppidum* formaba parte de un proyecto más ambicioso, que por razones ajenas al autor no pudo culminarse, dejando sin abordar temas esenciales, como la excavación del interior del recinto y de las previsible unidades domésticas identificadas, de la posible torre descrita por Taracena y Vázquez de Parga o de las puertas secundarias, así como la entidad de la presencia romana en el lugar, conocida a través de las excavaciones de 1942.

A continuación se aborda la intervención en el santuario de Gastiburu, en lo que constituye la parte más destacada del capítulo, donde se analiza en detalle la estructura del monumento, parcialmente excavado desde 1985 –con un total de veinte campañas–, aunque las prospecciones geofísicas y la microtopografía hayan contribuido a proporcionar una visión completa del mismo. A lo largo de tan dilatado proceso de investigación, Gastiburu ha pasado de ser valorado como una necrópolis tumular en 1984, para interpretarlo como un santuario a partir de 1986, con el inicio de los trabajos de excavación, y como un espacio ceremonial vinculado al poder político desde 1990 y, además, la presencia de determinados elementos y alineaciones georreferenciadas ha permitido determinar también que tenía funciones relacionadas con el calendario sosticial. El monumento, a pesar de las importantes alteraciones que han afectado a determinadas zonas de la construcción, aparece integrado por cuatro estructuras mayores en forma de ‘lóbulos’ o de herradura, en torno a un espacio central o ‘plazoleta’, cerrada hacia el este por una de las cuatro ‘estructuras menores’ de tendencia circular identificadas en la zona (las otras tres presentan una posición lineal a partir del conjunto principal). El resultado es una estructura en forma de pentágono, con un espacio central enlizado y con una posible cubeta excavada en el sustrato, según los datos de la prospección geofísica. La excavación de los lóbulos N y E ha permitido identificar una serie de elementos ‘de contención perimetral’, ‘de estabilización, soporte y nivelación’ y de ‘uso’ similares en ambos casos, lo que confirma que la construcción se realizó a partir de un diseño único y en una sola fase, a pesar de lo cual durante el minucioso proceso de excavación se han identificado diferencias derivadas de la adapta-

ción al relieve y a la pendiente en los diferentes lóbulos, así como reparaciones o mejoras. El ‘cinturón de contención’ que delimita los lóbulos está realizado mediante dos paramentos de mampostería careada al exterior y un relleno que alterna diversos materiales para dar consistencia a la obra, y un ‘núcleo central’ estructurado que alterna rellenos de cajones y vigas con piedras hincadas dispuestas formando bandas, lo que permitió elevar y dar solidez a la estructura y generar el plano inclinado hacia la plaza central sobre el que alzar las gradas, verdadera coronación de la obra. Tales gradas constituyen el elemento de uso del monumento, de gran complejidad, con pasillos enlosados y un mínimo de veinte bancadas, construidas mediante lajas trabajadas, con gran cantidad de marcas o decoraciones, cuyo interés justifica su tratamiento individualizado en un capítulo posterior.

El exhaustivo estudio del santuario –que habría merecido un capítulo independiente, dada la entidad del tema– se completa con los apartados dedicados a la unidad de medida utilizada, que el autor sitúa en 0,313 m, y que pone de manifiesto la existencia de patrones y sistemas de cálculo en la construcción del santuario, similares a los registrados en otros contextos de la Antigüedad; a la identificación de patrones geométricos, que confirman la existencia de una planificación previa del conjunto; y a la orientación topoastronómica del monumento, una de las principales aportaciones de la obra, relacionando el santuario con el uso del calendario estacional. Como destaca Valdés (p. 137), el santuario de Gastiburu “*conserva información de gran interés que puede permitir iniciar la unión de la parte tangible, los restos materiales de las sociedades protohistóricas, con la intangible de sus conocimientos astronómicos, religiosos y quizá sus fiestas, posiblemente próximas a las recogidas en los escasos datos escritos conservados en áreas próximas*”. Un hecho de gran relevancia sería la construcción de las amplias gradas orientadas hacia el espacio central, lo que para el autor reflejaría “*la concepción cuatripartita del Universo de la cultura celta y por ello creemos que también la consideración de ‘lugar umbilical’ subyacente de la plazoleta*” (p. 139).

El capítulo 4 está dedicado a los materiales utilizados –madera y piedra– en la construcción del santuario, aunque también se incluyan los datos del *oppidum*, con interesantes reflexiones sobre los trabajos extractivos de la roca (tipo, procedencia, cantidad de material y forma de extracción), destacando el conocimiento de las cualidades de las rocas utilizadas y su valor de aprovechamiento por parte de los constructores del santuario. Un tema de gran interés es el de los objetos de cultura material recuperados en el santuario, al que el autor dedica el extenso capítulo 5. Se trata de escasos restos cerámicos y metálicos (dos fragmentos de cerámica a mano y alguno más a torno, un regatón y un clavo de hierro, y, sobre todo, una laminilla de oro), un fragmento de molino y alguna rara afiladera, así como un destacado conjunto de pie-

dras labradas, de las que se analizan las marcas que presentan y sus decoraciones. El autor realiza un completo análisis de estos bloques pétreos someramente trabajados –salvo en algún caso excepcional (dos pseudoesculturas)–, a los que se refiere como *parestelas* huyendo del sentido funerario que habitualmente suele acompañar al término estela (pp. 102 –nota 105– y 161), utilizado por el autor en sus primeros trabajos sobre el santuario. Se trata de 458 lajas grabadas distribuidas por las gradas, en su mayoría todavía *in situ*, que incluyen principalmente líneas, motivos geométricos formales y cazoletas, de función dudosa, así como rayas y puntos, quizás restos del trabajo de desbastado o de marcado de determinadas lajas, realizados mediante abrasión, picado, incisión, talla o cincelado. Se analizan en primer lugar las denominadas por Valdés como ‘formas clásicas’, entre las que destacan dos lajas recortadas de aspecto zoomorfo, uno en forma de bóvido y el otro de suido muy esquemático, que el autor pone en relación con las esculturas zoomorfas de toros y cerdos conocidas genéricamente como verracos, animales que, en todo caso, corresponden a la tercera función de la sociedad y la ideología indoeuropeas, de fecundidad y mundo ctónico, según las conocidas teorías de G. Dumézil. Se echa en falta en este apartado el trabajo de referencia de J.R. Álvarez-Sanchis (*Los Vettones*, Bibliotheca Archaeologica Hispana 1, Real Academia de la Historia, Madrid, 1999, sobre todo pp. 237, 241, 251, 254 y 268 ss.), que constituye el análisis más completo sobre esta característica estatuaria zoomorfa. Las esculturas de Gastiburu se asemejan a los modelos más evolucionados de Álvarez-Sanchis (los tipos 4 y 5), de pequeñas dimensiones y una evidente geometrización, además de otros rasgos, como la ausencia de sexo, comunes a todos ellos. Se trata de ejemplares de finales de la Edad del Hierro y comienzos del mundo romano, con una clara dispersión en la Meseta Occidental y la región portuguesa de Tras-os-Montes, aunque con alguna pieza más próxima al área estudiada, como la burgalesa del castro de Lara de los Infantes, asimilable al tipo más tardío de los toros. No obstante, como señala Álvarez-Sanchis (1999: 278) al analizar los paralelos extrapeninsulares, más que pensar en imitaciones o influjos llegados desde las tierras del occidente meseteño, parece más adecuado imaginar un fondo ideológico común entre los diversos grupos célticos peninsulares, puesto de manifiesto en la simplicidad formal, el geometrismo, la tendencia hacia la abstracción o en soluciones de estilo similares, lo que explicaría otros hallazgos de piezas similares en el actual territorio vasco, como el denominado ‘ídolo de Mikeldi’.

Entre las ‘formas clásicas’, se incluye también un grabado que parece representar un équido, ‘hitos’ con incisiones ordenadas y cazoletas, con uno o dos ejes de simetría, entre los que destacan las retículas, que el autor interpreta como tableros de juego, así como lajas y algunas escasas piezas prismáticas escasamente modificadas

que al parecer no formaron parte de la construcción ni estuvieron clavadas en el suelo, denominadas ‘idolillos’. A continuación se estudian las más frecuentes representaciones abstractas, sencillos grabados, punzonados o rayados que no llegan a formar motivos identificables. La parte final del capítulo se dedica al análisis de este tipo de hallazgos en el territorio de los carietes y vennenses entre los siglos II a.C. y I d.C., diferenciando entre ‘hitos de marca y tapas de depósitos funerarios (estelas)’, ‘hitos de marca territorial, camino y límite’ o hitos de marca de prestigio’, sin ejemplos en el santuario, de los ‘hitos de marca fundacionales y/o protectores’ y los ‘objetos sociales’ –los reticulados o tableros de juego–, entre los que se incluyen las piezas de Gastiburu.

El capítulo 6 está dedicado al análisis territorial, tanto del área de explotación como del territorio político cuyo centro se sitúa en el *oppidum* de Maruezea. Se estudian los castros de Kosnoaga e Iluntzar y el *oppidum* de Maruezea (que quizás debería haber sido tratado en primer lugar por su condición de centro jerarquizador), en relación con el medio natural, lo que permite analizar la organización económica del territorio y contribuye a definirlo culturalmente. El autor integra las cuevas en este estudio, de gran interés pues la presencia de materiales de la Edad del Hierro sugiere su uso al menos ocasional, aunque quede por explicar su utilización sincrónica con los lugares de habitación, que debería apoyarse en un análisis exhaustivo de los restos materiales recuperados. La escasa presencia de restos de cultura material susceptibles de aportar una cronología clara hace que el capítulo dedicado a las dataciones radiocarbónicas del santuario y su análisis en el contexto del Cantábrico Occidental resulten esenciales (capítulo 7). El intervalo de mayor probabilidad sitúa el uso del santuario entre los siglos IV a.C. y I d.C., similar al de Maruezea y Kosnoaga, fechados por el C14 y los escasos materiales recuperados, entre ellos cerámicas a torno de ‘tipo celtibérico’, aunque la capacidad de estructura cuasi ‘política’ que parece ofrecer inclinaría más bien a situarlo tras los profundos cambios que se debieron producir en *Hispania* con el mundo púnico, esto es, del siglo III al I a.C.

Una vez analizadas las características y hallazgos del santuario, se aborda la estructura social a partir de las obras arquitectónicas, en concreto, el sistema defensivo de Maruezea y el santuario de Gastiburu, interpretados como elementos de prestigio, y su valor (capítulo 8), con temas de tanto interés como el volumen de materiales utilizados y la inversión de esfuerzo en levantar la muralla del *oppidum* y el propio santuario, lo que en última instancia incide en el papel de Maruezea como centro jerarquizador del territorio cariete, importante aspecto raras veces abordado en el estudio de los yacimientos de la Edad del Hierro.

El autor analiza a continuación (capítulo 9) el territorio de Maruezea y Gastiburu, atribuido a los carietes o

caristios y a los vennenses, conocidos a través de la epigrafía y de las obras de Plinio (III,26) y Ptolomeo (II,6, 8 y 11; II,6,54), analizándolo en el panorama regional, que incluye los ámbitos, más o menos próximos, de Aquitania, el Alto Ebro, Cantabria y la Meseta Norte, donde en época prerromana se localizan aquitanos, vascones, berones, várdulos, autrigones, celtiberos, vacceos y cántabros. Estudia los límites y demarcación territorial de estos pueblos y sus primeros contactos con Roma, reflexionando sobre el papel del *oppidum* de Maruezea, sin duda el núcleo principal del territorio analizado, cuyo origen estaría para Valdés en un proceso de sinecismo a partir de castros menores, como el de Kosnoaga, que continuaría habitado, e Iluntzar, así como del jugado por el santuario de Gastiburu, localizado en el entorno del *oppidum* y visible desde él, sin excluir la posible existencia de hábitat disperso, seguramente característico de la *Hispania* húmeda ya desde la Protohistoria. De este monumento destaca el autor su singularidad arquitectónica, sin parangón entre los santuarios del ámbito céltico o del área aquitana, asumiendo que “*aunque en la construcción del santuario hay una función de medida del tiempo, existen otros elementos que señalan hacia otras utilidades: libaciones, ofrendas de idolillos, tableros de juego, etc., que amplían su utilidad a la vez que muestran su separación de un uso común y cotidiano hacia un uso restringido a la esfera de lo inusual, restringido y quizá iniciático*” (p. 267).

El último capítulo (10) se dedica a un tema poco habitual en este tipo de estudios, pero de gran interés en la concepción moderna de la Arqueología, su disfrute social, por lo que Valdés nos presenta el proyecto de valorización del monumento, esencial para la comprensión del mismo, que por causas ajenas al equipo excavador únicamente se ha desarrollado de forma parcial, aunque parece más adecuado que el tema fuera abordado en un anexo de la monografía. Un resumen y consideraciones finales –en castellano, vasco, francés e inglés– (capítulo 11) y los siempre útiles índices completan la obra. Una referencia merece el apartado bibliográfico, con algunas carencias significativas, en gran medida debidas a que el texto, redactado en 2003, no se revisó con posterioridad a 2004 (p.28 –nota 4–), aunque se incluya algún título posterior, por lo que faltan referencias bibliográficas de finales de esa década. No obstante, la singularidad del monumento y la ausencia de paralelos aminoran notablemente tales carencias.

Las imágenes aparecen recogidas en un segundo volumen, incluyendo una abundante y exhaustiva documentación planimétrica y fotografías en blanco y negro que contribuyen sobradamente a la comprensión del texto, sobre todo por lo que respecta a la parte descriptiva de la obra, la centrada en la excavación del *oppidum* de Maruezea y, sobre todo, del santuario de Gastiburu. Más allá de la decisión de agrupar toda –o casi toda– la documentación gráfica en un volumen independiente

(facilita la consulta, sobre todo en los apartados dedicados al santuario, aunque resulta menos efectiva en los demás casos), no acaba de justificarse la separación entre *láminas* –donde incluye planimetrías y documentación cartográfica–, todas ellas al principio, *figuras* –donde se recogen igualmente planimetrías y cartografía, además de dibujos a línea, por ejemplo de las estelas– y *fotos*, aunque algunas fotografías aparezcan también como figuras; sobre todo si tenemos en cuenta que figuras y fotos aparecen intercaladas, lo que no facilita su localización inmediata. Se echa en falta, igualmente, la presencia de pies en algunas de las láminas, lo que dificulta el uso independiente de este volumen.

Al margen de estos detalles menores, estamos ante un trabajo de referencia sobre la Protohistoria de la Península Ibérica y, en general, de la Europa Occidental, en el que por vez primera se da a conocer un santuario de los carietes –o caristios– y veneses, uno de los pueblos célticos que ocupaban las actuales tierras de lo que hoy es el País Vasco. El autor se aleja de planteamientos apriorísticos sobre la escasa evolución cultural y social de las poblaciones que, durante la Edad del Hierro, ocuparon la franja costera del actual territorio vasco, para ofrecernos un escenario mucho más complejo, no muy alejado del que conocemos en los territorios periféricos de la Meseta Norte, la zona cantábrica o el Suroeste francés. Gastiburu es el primer santuario de estos amplios territorios que podemos entender en su complejidad constructiva, gracias a una sistemática labor de excavación que ha permitido documentar aspectos de gran interés, aunque su interpretación definitiva esté lejos de ser abordada. Uno de los temas esenciales es el análisis de la topografía, las técnicas de construcción, el origen de las piedras utilizadas, la metrología, el trazado del monumento, su emplazamiento en relación con la topografía y su orientación astronómica, que ponen de manifiesto unos conocimientos inimaginables a partir de las escasas y muy parciales fuentes literarias dejadas por los historiadores y geógrafos de la Antigüedad. La contemporaneidad de los diferentes elementos que lo componen (lóbulos, plaza, graderío, estelas, ...) no hace sino situarnos en un escenario de gran complejidad social y cultural. Se trataría de un ‘santuario central’ que, como ha destacado Almagro-Gorbea (2008: 91) en un trabajo

reciente (*Los orígenes de los Vascos*, Madrid), estaría “construido al servicio de una ideología religiosa con el fin de estructurar un amplio territorio y aglutinarlo al conformar una unidad sacrojurídica, quizás, incluso, como un lugar de anfictionía o centro de reunión de los cuatro o cinco clanes gentilicios que conformarían la sociedad y el territorio del oppidum, a juzgar por el número de plataformas existentes en torno a su ‘árbol ritual’, que pudo ocupar un agujero aparecido en el centro. Si se acepta esta atractiva hipótesis, Gastiburu explicaría el origen de la tradición citada del ritual asociado al juramento real del Fuero Viejo de Vizcaya documentada en la Baja Edad Media”. Para este autor (Prólogo), el santuario habría sido construido cuando las gentes del valle del río Oca comenzaron a adoptar estructuras políticas, todavía en una fase protourbana, como pone de manifiesto el *oppidum* con el que se relaciona y la propia articulación del territorio, que cabe considerar ocupado con poblaciones celtas muy antiguas, aunque con influjos celtibéricos en los siglos inmediatamente anteriores al cambio de era.

No podemos terminar sin referirnos a la serie que acoge esta destacada monografía, la *Bibliotheca Archaeologica Hispana*, de la Real Academia de la Historia, que desde su aparición, en 1999, ha publicado más de treinta obras caracterizadas por su calidad científica y cuidada edición. Una parte importante de los títulos publicados hasta la fecha están dedicados a la Protohistoria de la Península Ibérica, en la que se enmarca este importante trabajo del Dr. Luis Valdés, el primero que se centra en las tierras del actual País Vasco, que ha contado con la colaboración de un importante número de investigadores y de instituciones como El Museo Vasco, la Diputación de Vizcaya y los ayuntamientos de Guernica-Lumo, Arzua, Navarniz y Mendata, a todos los cuales, personas e instituciones, hay que felicitar por su iniciativa de lograr la publicación de esta importante obra.

Alberto J. Lorrio

Departamento de Prehistoria
Universidad de Alicante, 03080-Alicante
alberto.lorrio@ua.es